

Río Negro

Claudia A. Michel Flores

AUTHOR'S NOTE: Claudia Andrea Michel Flores (Potosí - Bolivia, 1980)

Publicó "Juego de ensarte" 2008, Ed. Yerba Mala Cartonera, "Paralelo 23°" 2018, Ed. GAMC y "Corema" 2021, editorial Yerba Mala Cartonera. Textos suyos han sido parte de las antologías: "Las Adelas" (Yerba Mala Cartonera 2008), "F/22" (La Ubre Amarga, Bolivia 2011) y "Pero mis brazos insisten en abrazar el mundo" (Tata Danzanti 2020).

—¿Y si nos dice que no quiere ir? —le pregunté a Toño.

—Le decimos que al menos nos acompañe a comer una salteña. Ahí yo le agarro del cuello y lo hago desmayar, lo metemos al auto y nos vamos.

Me reí con la ocurrencia, sería divertido verlo despertar media hora más tarde a veinte kilómetros de la ciudad. Pero Diego salió de su casa con la mochila al hombro, la colocó en la maleta y se sentó en el lugar del copiloto. No hubo desmayo, ni salteña.

Cruzamos la ciudad y cuando los cerros empezaron a ponerse rojos y la señal de la radio se perdió por completo, comenzamos a hacer chistes y a hablar. Toño se puso a explicar el porqué de la tierra roja, habló sobre los minerales que existen en esta parte del país, decía cosas como "sedimentos", "placas tectónicas", "composición mineral".

—Para cuando el master en geología —le pregunté Diego y yo nos reímos.

—Bola de ignorantes, es cuestión de leer, yo no tengo la culpa de que sean unos incultos de mierda y solo se queden pensando en qué bonito colorcito tiene la tierra.

—No te vendría mal aprender primero a manejar, así no tengo que llevar el auto yo todo el camino —le dije.

Pero no me hizo caso, así era Toño, nunca hacía caso.

Después de las montañas coloradas, venía la verdadera subida con curvas cerradas, una tras otra. Lo más difícil sucedía al toparse con los camiones. Justo cuando el auto comenzaba a tomar impulso aparecía un camión, un trailer enorme, de esos de carga, que subía la pendiente como una oruga gigante que tiene todo el tiempo del mundo para arrastrar su peso. No me quedaba otra que bajar de golpe la velocidad y avanzar tan despacio como el camión hasta lograr ver algo del camino y animarme a pasar.

No era fácil ese camino con una sola vía de ida y otra de vuelta, no permitía adelantar, peor en esa subida saturada de curvas donde podía verse el camino.

Algunas veces tocaba un camionero gentil que ponía guiñador como diciendo: pueden pasar muchachos. Pero eso solo pasaba a veces, conducir un camión grande da un estatus mayor en la carretera, como si se tratara de una cadena alimenticia donde un autito pequeño es un insecto cualquiera, indigno de consideración, casi un bocadillo.

—¡Hijo de puta! —gritaba Diego por la ventanilla cada vez que lográbamos pasar a un camión que nos había tenido media hora a paso de tortuga. Sacaba medio cuerpo por la ventana con el puño en alto, como si no viera que a esos camiones les bastaba un leve movimiento de volante para empujarnos al abismo.

Cerca al medio día se terminó la subida y empezó la altipampa, ahí la carretera tenía dos vías de ida y dos de vuelta, se podían ver muchos kilómetros hacia adelante, las montañas habían desaparecido igual que toda planta, allí solo había frío, llamas y casitas desperdigadas.

Paramos en un pueblo azotado por el viento y nos tomamos una sopa que tenía unos buenos gramos de tierra. Seguimos el mismo camino, una sola línea recta que se perdía en el horizonte.

Notaba que el auto temblaba, era como si estuviera haciendo demasiada fuerza. Tenía el acelerador a fondo y la caja en cuarta, pero aun así el auto parecía hacer un esfuerzo. Me acordé de que había un cambio de caja más, pero ¿cómo cambiar sin perder la velocidad o sin que el miedo me hiciera perder el dominio del volante?, preferí seguir así. Total el auto rugía un poco, pero ya nos tocaría disminuir la velocidad cuando estuviéramos cerca ya de la ciudad.

No Había pasado mucho tiempo cuando empezamos a ver las primeras casas, los pueblos dispersos se iban juntando hasta que todo se volvía una seguidilla de casas, avenidas y desastre. Tardamos una hora en salir del tráfico de El Alto y tomar la autopista.

—¿Por dónde? —les preguntaba.

Toño y Diego veían cada uno en su celular el camino y

mientras uno me decía que siguiera recto, el otro decía que doblara a la izquierda. Se peleaban y discutían mientras yo les seguía preguntando por dónde, al final tenía que decidirlo sola, intuyendo, sin poder ver nada de lo que ellos veían. Nos metimos en la ruta equivocada, así que todos enojados aguantamos en silencio la media hora que nos tomó salir de un atolladero.

Con la llegada a la autopista ya estábamos más tranquilos: las pasarelas, los minibuses, la cervecería, habíamos llegado. ¡Lo habíamos logrado!, contra todo pronóstico, estábamos allí.

Cuando aprendí a manejar tenía una Brasilia testaruda que requería una fuerza sobrehumana para cambiar de caja. Era un auto viejo hecho para gente ruda que tenía la fuerza y empuje para dominar esa mecánica agreste.

Por ese entonces yo tenía un trabajo que odiaba pero que era mi única forma de mantener mi independencia. Me obligaban a marcar tarjeta, cada minuto de retraso tenía descuento, cada minuto era dinero. Llegaba temprano pero no tenía dónde estacionar, con suerte encontraba un solo lugar que requería hacer esa odiosa maniobra de estacionar en retro.

La teoría es siempre fácil, yo había sido buena alumna toda la vida, sabía de memoria el procedimiento, pero el tiempo en contra y el tráfico esperando me destrozaba los nervios, tal como lo hacían las exigencias de mi pareja de entonces.

Me armaba de valor e iniciaba la maniobra, me ponía junto al auto estacionado, eso al menos lo hacía a la perfección, retrocedía poco a poco mirando por los retrovisores, intentando encontrar el punto exacto en el que debía doblar todo el volante, pero casi siempre me salía mal. Debía volver a salir para hacer un nuevo intento, pero para entonces ya había por lo menos dos autos detrás que me bocineaban despiadadamente, entonces entraba en pánico y, en vez de intentarlo de nuevo, ponía a primera y salía huyendo para estacionar muchas cuadras más allá y llegar tarde.

Cada mañana, cuando subía al auto para ir al trabajo, pensaba: cuando llegué encontraré un espacio grande, no necesitare hacer la maniobra odiosa, podré arrimarme a la acera sin retroceder. Como en las discusiones con mi pareja de entonces, mataba la angustia por la noche con el sueño y de allí mismo me nacía la esperanza cada día.

Pero la escena se repetía: espacio estrecho, ansiedad y huida.

Un día de esos, más por insistencia que por pericia, lo logré. Paré muy junto al auto estacionado, retrocedí, doblé la dirección y entré a la perfección. Ni una bocina y muchos minutos por delante para llegar a la oficina y sellar. Esa gloria sencilla me mantuvo feliz todo el día. Por eso, cuando comenzó la discusión con mi esposo esa misma noche, entendí que para muchas cosas, insistir funcionaba, pero para otras, no.

Me sentí feliz bajando la autopista y llegando a La Paz. Por fin me había separado de mi pareja y podía hacer ese viaje, había recorrido un camino largo.

—Esta noche hacemos algo tranquilo ¿no? —dijo Toño.

Todos dijimos que sí. No contábamos con la felicidad de la llegada, a las dos cervezas que nos tomamos para acompañar la cena, siguieron otras más y todo fue poniéndose divertido, el cansancio del viaje se evaporó. En algún momento de la noche estábamos bailando saya afro en una peña.

Terminamos mezclados entre desconocidos que bailaban al son de "Isidoro Belzu bandera plantó", como si fuera la única cosa importante de la vida.

—¿Y a todo esto, quién era ese Isidoro Belzu? —preguntó Diego.

Toño seguro sabía la respuesta, pero un tipo rompió una botella y empezó una pelea campal en medio de la saya. Salimos a duras penas del lugar, esquivando sillas. Nuestro plan era partir temprano en la mañana y, si no dormíamos al menos tres horas, no lo íbamos a lograr.

Despertamos tarde, pero decidimos seguir el plan. Ya en el camino hubo algunos aciertos importantes que nos permitieron seguir. Toño consiguió agua caliente para cebar mates y Diego puso una música extraña y hermosa.

Era raro tomar mate allí, todos habíamos aprendido en distintos lugares y con distintas gentes. Por eso a ninguno le había parecido una costumbre criticable, un par de años antes nadie se hubiera atrevido ni siquiera a conseguir agua caliente.

Toño aprendió en Argentina durante su época de hortelano. Tuvo los oficios más diversos, en parte por testarudo y en parte porque se aburría fácilmente de todo. Para contradecir a su padre había dejado la universidad y se había ido a Argentina. Allí aprendió de plantas, de la tierra, intentó seducir chicas y en el interín tomó mucho mate.

En la segunda cosecha y ante la ausencia de conquistas importantes, regresó a Bolivia. En su casa su madre lo recibió como a un hijo pródigo y le cocinó durante una semana lo que él quería. Su padre lo conminó a ayudarlo a construir su casa como condición para quedarse.

En otras circunstancias se hubiera negado, solo por no aceptar lo que él decía, pero le gustó la idea de aprender algo de albañilería y accedió. El entusiasmo le duraría unos buenos meses, aunque, como le pasaba siempre, una vez que creyó saber lo suficiente, se aburría.

Su padre lo encontraba en las tardes tomando mate y escuchando música, los ladrillos todavía apilados, el cemento intacto en su bolsa. Las amenazas de echarlo de su casa si no ayudaba no aportaron a la construcción, pero sí hicieron de Toño un gran melómano y tomador de mate.

La música era propicia para llegar a la cumbre y ver todas las montañas, volvimos a quedarnos callados y no era sueño o aburrimiento, eran esas montañas que de verdes se hacían plomas y luego nevadas. Llegamos a una laguna, allí había gaviotas por todas partes.

—Que alguien les diga que están perdidas—dijo Diego.

Planeaban por toda la orilla, algunas estaban en el agua buscando comida a picotazos.

—Las cosas deben estar malas en el océano—continuó Diego.

—Solo a vos te va mal en el mar—respondió Toño y todos nos reímos.

Ese viaje habría sido imposible dos años antes, cuando a Diego había que rogarle para salir a tomar un par de cervezas. Decía que gastar tiempo y dinero sin un propósito redituable era insensato. Viajar estaba totalmente fuera de sus intereses, hasta que conoció a una chica extranjera que vivía en el mar. Un mes saliendo con ella fue suficiente para hacerle retroceder en sus convicciones sobre la irrelevancia de los viajes. Ella se fue y al poco tiempo Diego viajó en bus durante tres días para volver a verla. Se amaron en el mar, las olas lo golpearon, lo llenaron de arena, el corazón le explotó.

No supimos muchos detalles. Nos bastó con verlo bronceado y sonriente, y aunque ambas cosas se le fueron pasando, le quedaron las ganas de viajar. Entre otras cosas, esa chica le rompió el corazón y le enseñó a tomar mate, por eso ahora seguía con ojos tristes el vuelo de las gaviotas, ese oponerse al viento helado de la puna, tan ajeno a ellas. Cebaba el mate mientras sonreía a su mala fortuna.

El camino serpenteaba en el descenso, tras una curva se abrió el paisaje, una montaña enorme y nevada emergía con el gesto despiadado de caerse sobre el camino, de aplastarnos, hacernos nada. Detuve el auto y nos bajamos, el frío era el mismo pero parecía pertenecerle a la montaña, era como si ella nos lo estuviera prestando. Todo allí era suyo. Ni siquiera Toño, que tenía un comentario explicativo para cualquier cosa, pudo decir algo. Sacamos unas fotos inútiles: esa visión de la montaña era imposible de capturar.

A media tarde llegamos a Coroico, batallamos para encontrar un lugar donde quedarnos, era feriado y todo estaba lleno, por suerte encontramos un alojamiento un poco apartado del pueblo. Cuando vimos que todas las ventanas daban al paisaje, no lo pensamos más. También había piscina, de modo que nos metimos enseguida.

Nos habíamos puesto condiciones para ese viaje, ideas salidas de conversaciones delirantes que teníamos desde que éramos compañeros en la universidad. Una era escuchar álbumes completos durante el camino y la otra: ir a un lugar donde meternos al agua.

En la piscina del alojamiento el agua era celeste, nos refrescó esa primera zambullida. El olor a cloro, sin embargo, hizo evidente que ese no era el chapuzón soñado.

Los dueños del lugar nos contaron de las cascadas y de Río Negro. Al día siguiente compramos dos latas de atún, pan, agua, y tomamos el minibús a las cascadas.

Ya nos habían advertido que no eran como antes. Lo cierto era que estaban mucho peor cuando llegamos. Una era apenas un hilo de agua casi invisible y tenía al pie una estructura de cemento que hacía de piscina. Estaba enrejada.

—¿Alguien se queda?—preguntó el chofer del minibús. Nadie dijo nada.

Con la segunda pasaba más o menos lo mismo y con la tercera no había forma de averiguarlo porque no se veía desde el camino.

Decidimos darle una oportunidad: caminamos por un sendero de subida que entraba por una peña y la encontramos. Como nosotros, muchas personas habían llegado. La cascada caía de una gran altura con un velo delgado, su caída formaba una poza. Toda la gente estaba alrededor de ella como en una ceremonia de adoración a las aguas, pero no era eso, era que el agua estaba helada y nadie se animaba a meterse.

—Yo me meto—dijo Toño y fue a ponerse el traje de baño.

—Yo ni loco—dijo Diego y se acomodó entre la gente.

Ya estábamos allí, ¿qué más podíamos hacer?.

Toño y yo no acercamos a la orilla con los trajes de baño puestos y escuchamos el murmurar de la gente. Sentí una profunda vergüenza, pero Toño ya decía “a las tres” y los dos saltamos a la poza.

Estaba tan fría que sentí cómo se me entumecían los músculos, el frío me entraba hasta los huesos. Al sacar la cabeza del agua escuché que la gente nos aplaudía. Desde la orilla Diego se reía y sacaba fotos. Nos habíamos sumergido en el agua, pero definitivamente no contaba como cumplimiento de ninguna promesa: Diego no estaba y no tenía nada de divertido.

Los dueños del hostel nos habían recomendado mucho Río Negro, era un poco complicado llegar porque no había transporte hasta allí. Negociamos con un minibús para que nos llevara, pero no nos esperaba, tendríamos que regresar por nuestra cuenta.

—¿Se puede regresar caminando?—preguntó Toño al chofer.

—Eeeehhh, bueno, sí. Pero hay que caminar mucho—dijo.

—Así yo no voy—dijo Diego.

Pero ya habíamos pagado y estábamos en el minibús bajando por el camino de tierra. Mientras más avanzábamos, yo pensaba cómo diablos íbamos a regresar. Era pasado el mediodía, tendríamos que subir por los menos a las cuatro en pleno sol de los yungas para no llegar al anochecer; además, solo teníamos atún, pan y agua.

Toño estaba hecho al lugareño, hablaba con el chofer de las cosas que se producían en el lugar, de las elecciones del alcalde y no sé qué más. Diego callado mirando por la ventana, odiando.

Cuarenta minutos después el camino terminó y el chofer nos indicó la senda, había que seguir un tramo a pie.

No había nadie más allí, ni gente, ni minibuses.

—Tal vez más tarde viene una movilidad—dijo el chofer casi en un susurro, como una disculpa, y partió, mientras Toño ya estaba a cien metros de nosotros.

Después de la senda venía el río y un puente peatonal de troncos; el agua corría entre dos cerros cargados de árboles. En ese lugar se abrían las montañas y el río se ampliaba, el agua era tan clara que podían verse las piedras del fondo. El sol estaba en lo más alto y todo parecía luminoso y tibio.

No hizo falta decir nada, nos metimos al agua y seguimos el río que tomaba una curva hacia la entrante del monte, ahí estaba la cascada. Era la altura y sobre todo la furia del agua lo que nos llamaba.

Conforme nos acercábamos, el sonido se hacía más fuerte. El agua había transformado las rocas. Las paredes de la peña eran curvas suaves, moldeadas por el paso del tiempo y la voluntad del agua. En unos pocos metros el agua del río entibiada por el sol se combinaba con la oscuridad de la peña y la fuerza de la cascada, que reventaba en una caída violenta. No se detenía.

Allí nos paramos un largo rato mirando todo eso. Mojados, temblorosos, nos sumergimos en la poza. Ya no importaba saber cómo seguiríamos.

Más tarde comimos sándwiches de atún, supimos quién era Isidoro Belzu y aprendí a cambiar a quinta, pero nada de eso fue tan importante.